

FRAY ANDRÉS DE URDANETA

*Discurso leído en la sesión celebrada por el pueblo de Villafranca
para honrar la memoria de aquel ilustre guipuzcoano*

Señores:

En ninguna ocasión he aceptado con más vivo placer que en la presente un empeño superior á mis débiles fuerzas. Si muchas y muy poderosas eran las razones que me obligaban á reconocer mi insuficiencia para el acertado desempeño del encargo con que se quería honrarme, bastaba para desvanecerlas la admiración entusiasta que me inspira la gloriosa memoria que hoy nos congrega en este recinto, y mi deseo, cada día mas arraigado y vehemente, de contribuir con la perseverancia de mis esfuerzos, ya que no con mis escasísimas luces intelectuales, al enaltecimiento de los hijos ilustres del país bascongado, entre los cuales ocupa uno de los primeros lugares el gran Urdaneta, cuyo retrato, trazado con hábil y delicado pincel por un modesto y distinguido artista guipuzcoano, va á presentarse en breve ante vuestros ojos como uno de los ornamentos más preciados de la Casa Municipal de Villafranca.

Por muy pequeño que uno se considere, y no puedo yo menos de considerarme tal ¿quién dejará de aceptar el encargo de celebrar los méritos de Urdaneta, cuando Urdaneta logró sobresalir en aquellos grandes días del siglo XVI, en que la gente española parecía, según frase felicísima de Menéndez Pelayo, guarnecida de triple lámina de bronce? ¿Quién no sentirá arder dentro de sí, con más ó menos in-

tensidad, el fuego sagrado de la inspiración, cuando apaciente su espíritu en la contemplación de la admirable figura de Urdaneta, que se destaca en los horizontes de la historia como una de las mássalientes y capitales de aquella serie verdaderamente soberana de asombrosos exploradores que dimos al mundo á raíz del descubrimiento del Nuevo Continente, y en el siglo que le siguió? Las cosas grandes tienen el privilegio de inspirar, aún á los pequeños, grandes pensamientos. La grandeza tiene algo de comunicativa. ¡Quiera el Cielo que á mí me alcance siquiera un débil reflejo de la luz intensa que brilla en torno de Urdaneta, á fin de que no salgan de mi pluma borrosos y confundidos los rasgos salientes de la fisonomía moral de aquel varón esclarecido, que constituye una de las glorias más puras y esplendorosas de Guipúzcoa!

Andrés de Urdaneta vino al mundo en uno de los periodos más interesantes de la historia universal, pues, segun cuentan sus más antiguos biógrafos, vió la luz de la vida en Villafranca de Guipúzcoa por el año de 1498. Fueron sus padres Juan Ochoa de Urdaneta, varón de calificada estirpe, procedente acaso de la casa solariega de su nombre, sita en Icazteguieta, y Gracia de Cerain, perteneciente á la ilustre familia de Cerain, que era una de las mas linajudas de Guipúzcoa. Cuenta la tradición, aunque no sabemos con qué fundamento, que Andrés de Urdaneta abrió sus ojos á la luz en el caserío de Oyangueren, que todavía subsiste escondido entre árboles centenarios que le prestan grata sombra en los meses del estío. Pero este dato y los primeros años de la vida de nuestro héroe aparecen envueltos en sombra. Ni hay tampoco razón detallada de la participación que le cupo en las memorables campañas de Flandes y de Italia, á que se dice que acudió en los días del invicto Emperador Carlos V, y donde la juventud bascongada dió tan alta prueba de su serenidad y arrojo.

Mas no era este el verdadero campo de las glorias de Urdaneta. Su vida empieza realmente para nosotros cuando en 1525 le vemos, todavía mozo, formar parte de la expedición que se organizó en la Coruña bajo el mando de Frey Juan García Jofre de Loaisa, con quien iba de segundo jefe el inmortal hijo de Guetaria Juan Sebastian de Elcano. Urdaneta, no obstante sus cortos años, tuvo en aquella expedición una intervención importantísima, y en ella se nos presenta íntimamente unido á no pocos paisanos suyos que desempeñaban cargos de importancia y revelaban al mundo una vez más el espíritu indomable

y emprendedor de la raza euskara, para la cual había en lo misterioso y desconocido algo que por modo extraño le subyugaba y seducía. Fatales fueron los resultados de aquella expedición, y adversa la fortuna para sus jefes. Murió Loaisa el 30 de Junio de 1526. Elcano, que le sucedió en el mando, falleció el 4 de Agosto siguiente en el mar del Sur, en brazos de Urdaneta, que fué uno de los testigos del curiosísimo testamento otorgado por aquel. Los restos de la mermada expedición arribaron al Maluco, y allí lucharon con indomable tesón por la posesión de las islas de la Especería, cuyo dominio se quería arrebatar á los portugueses, que las defendían con tenaz empeño. No es este el lugar ni el momento de recordar al detalle los prodigios de valor realizados por Urdaneta en aquella campaña, y narrados por Fray Rodrigo de Aganduru Moriz y por Fray Juan de la Concepción en sus Historias de Filipinas. Con indicar que fué tal el heroísmo del insigne guipuzcoano, que hay actos suyos que asombran aún en aquellos tiempos y entre tales gentes, queda dicho lo suficiente para que se forme clara idea de la intrepidez incontrastable y del arrojo singular que Urdaneta demostraba en los combates. Cedidos en 1529 á Portugal por el Emperador Carlos V sus derechos sobre las Molucas, Urdaneta regresó á España, y en 1537 presentó al Emperador en Valladolid una *Memoria* sobremanera interesante acerca de los sucesos de la expedición Loaisa.

Dirigióse luego á México el insigne guipuzcoano, y allí fué donde indudablemente trabó conocimiento con Miguel Lopez de Legazpi, á quien había de aparecer más tarde íntimamente unido, y en cuya compañía había de realizar la obra capital de su vida: la conquista y evangelización del Archipiélago filipino.

Pero antes de llevarla á cabo, hubo otra expedición desgraciada que se encaminó al mismo objeto, bajo la dirección de Rui Lope de Villalobos, por no haber querido aceptar Urdaneta el mando que se le ofreció. Como el ilustre hijo de Villafranca, en cuyo loor se verifica este acto, no tuvo parte, directa ni indirecta, en los resultados de aquella expedición, no hay para qué recordar aquí lo que entonces aconteció.

Urdaneta, á quien los azares de la vida y los desengaños que acompañan siempre al tráfigo de los negocios temporales, le habían producido hastío de las vanidades mundanas, quiso dar reposo á su grande espíritu, y buscó la soledad del Claustro, alistándose en la falange de he-

róricos y abnegados misioneros que formaban los preclaros hijos de San Agustín. Vistió en 1552 el hábito agustiniano en el Convento que en la capital de Nueva España llevaba el nombre del Santo Doctor; y desde el día en que se consagró á la vida religiosa, dió gallardas y constantes pruebas de la sinceridad de su vocación, de la firmeza de su fe, de lo encendido de su caridad, según lo habeis oido no hace mucho de labios más autorizados que los míos: de los de un miembro respetabilísimo de la gloriosa Orden á que perteneció Urdaneta. El cartujo Esteban de Salazar en sus Discursos, ya rarísimos, *sobre el Credo*, llegó á asegurar que de la religión y santidad de Urdaneta no se puede decir en breve, y los testimonios de los autores coetáneos están conformes en atribuir á nuestro héroe una singular prudencia y una templanza de carácter que servían de realce á las maravillosas cualidades de que, para la acción, se hallaba dotado, y las hacían más prácticas y provechosas, por ser la prudencia sal de las virtudes.

Urdaneta se encerró en el Claustro; pero su fama, salvando los mares, llegó á la Corte, y acrecentada de día en día, como acontece siempre al mérito positivo, que de la contradicción toma fuerzas, como Anteo del contacto de la tierra, fué causa de que el Rey Felipe II le escribiera desde Valladolid en 24 de Septiembre de 1559, una carta en que se leen las siguientes palabras: «Y porque agora nos habemos encargado á don Luis de Velasco, nuestro Visorrey de esa Nueva España, que embie dos navios al descubrimiento de las Islas del Poniente azia los Malucos, y les ordene lo que han de hacer, conforme á la instruccion que se le ha enviado, y porque segun la mucha noticia que diz que teneis de las cosas de aquella tierra y entender, como entendeis bien la navegacion de ella, y ser buen cosmografo, sería de gran efecto que vos fuesedes en los dichos navios, así para lo que toca á la dicha navegacion, como para el servicio de Dios nuestro Señor y nuestro: Yo vos ruego y encargo, que vais en los dichos navios, y hagais lo que por el dicho Visorrey os fuere ordenado, que demas del servicio que hareis á nuestro Señor, Yo sere muy servido, y mandaré tener cuenta con ello, para que rescibais merced en lo que hobiere lugar».

A fin de que se vea cuán acertada se juzgó la designación de Fray Andrés de Urdaneta para llevar la dirección náutica de aquella expedición, que había de ser la más gloriosa de todas las que salian para las islas del Poniente, conviene reproducir algunas frases de la carta

en que el Virrey D. Luis de Velasco daba cuenta al Rey de los aprestos que se estaban haciendo: «Ha sido muy acertado—decía el Virrey—que Fray Andrés vaya por la experiencia y noticia que tiene de las Islas, é porque la navegación que se ha de hacer ninguna persona en estos reinos ni en esos lo entiende tan bien como él, demás que para toda manera de negocios es prudente y templado, y tiene muy buen parecer: tengo por cierto que acertará á servir bien á Dios nuestro Señor y á V. M. en la jornada y siendo V. M. dello servido, será bien mandalle escribir, teniendole en servicio el aceptarlo».

Urdaneta aceptó la difícil y espinosa misión que se le confiaba, no obstante la falta de salud de que se lamenta en su carta al Rey, y dictó instrucciones oportunísimas que revelan el conocimiento que tenía de las empresas de colonización, la exquisita prudencia de que se hallaba dotado, y la pericia náutica en que muy pocos podían superarle, siendo en este punto tan unánime el sentir de sus contemporáneos, que lo mismo Fray Gaspar de San Agustín, que Esteban de Salazar, que el P. Grijalva, aseveran que en el arte náutica hacía ventaja á cuantos á la sazón vivían, y afirman los dos primeros «que añadió aquel viento á la aguja que, con vocablo indiano, los marineros llaman huracan». Fué aquel siglo para la náutica, como para otras muchas cosas, un siglo de esplendoroso renacimiento; y Urdaneta, que á todas partes llevaba un magnífico instinto de grandeza, y en todo cuanto hacía estampaba con caracteres imborrables el sello de su personalidad, logró también en el arte de la navegación sobresalir entre los primeros, mereciendo ocupar un lugar muy honroso en la historia de la ciencia española, tan desdeñada por la suficientísima ignorancia del siglo XVIII, pero rehabilitada en nuestros días por el inteligente esfuerzo de una crítica penetrante, desapasionada y sabia.

Diose el mando de aquella expedición a Miguel López de Legazpi, caballero ilustre por muchos títulos; animoso y esforzado en los combates; comedido y justo en su proceder; dotado de envidiables cualidades de político y colonizador; varon digno por todos conceptos de la amistad de Fray Andrés de Urdaneta, con quien le ligaban los vínculos de paisanaje y los de un cariño muy cordial é inquebrantable, según se desprende de las quejas de algunos espíritus estrechos que padecían la tristeza del bien ajeno, y se lamentaban de la influencia extraordinaria que ejercía el religioso agustiniano en el alma del insigne caudillo zumarragués.

Duraron hasta 1564 los aprestos de aquella expedición; y en 21 de Noviembre del mismo año salió del puerto de la Natividad, en México, haciendo primeramente rumbo á la Nueva Guinea, pero variando de ruta á los cinco días al enterarse de las instrucciones que, por fallecimiento del Virrey D. Luis de Velasco, había entregado la Audiencia de Nueva España, la cual se dejó sugestionar por un Juan Pablo Carrión en cuyos escritos se transparenta una mal encubierta hostilidad hacia Urdaneta, á quien regatea sus incuestionables méritos y aún pretende usurparle la gloria de ser quien trazó primeramente la derrota que debía seguirse para volver de Filipinas á Nueva España; empresa difícil para aquellos tiempos, y en que tantos antes de él habían fracasado, hasta el punto de que entre las prevenciones contenidas en el despacho que se remitió á D. Luis de Velasco en 24 de Septiembre de 1559, había una en que se disponía que no se entretuviese la expedición en contrataciones ni rescates, «sino que luego den la vuelta á essa nueva españa porque lo principal que en esta jornada se pretende es saber la buelta, pues la idea se sabe que se hace en breve tiempo». Y de tal eficacia se juzgaba la dirección de Urdaneta para este viaje, que se prevenía que fuese cualquiera el buque que tomara la vuelta de Nueva España con noticias de la expedición, no dejase de venir en él el ilustre cosmógrafo.

A los triunfos que este alcanzó sobre sus enemigos, puede agregarse uno muy señalado que alcanzó sobre sí mismo, sometiéndose á las instrucciones que le dictó la Audiencia de Nueva España, á pesar de haber sido rechazadas las que él propuso. De cómo se condujo en aquella memorable expedición, y de la eficaz y poderosa ayuda que prestó á Legazpi para su grande empresa, nos hablará con más autoridad que nadie el propio Legazpi, en carta que desde la isla de Cebú escribió á Su Majestad en 1.º de Junio de 1565, pidiendo que se hiciera merced al P. Fray Andrés de Urdaneta, y se le mandara volver á aquella isla. En esa carta, publicada en la *Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias* (tomo XIII), se leen frases tan significativas como las que aparecen á continuación: «El gran servicio que á Dios Nuestro Señor y á Vuestra Magestad á fecho el venerable Padre Fray Andrés de Urdaneta, es digno de gran mérito y crescida merced, por aber alumbrado así en lo espiritual como en lo temporal, en todo lo que en este biaje se á ofrecido, por no benir en el armada persona que nos diese lumbre, sino fué la suya; á cuya causa con toda hu-

mildad suplicamos y pedimos á Vuestra Magestad todos los fieles criados de Vuestra Magestad, como ministros deste campo, y generalmente todos los basallos de Vuestra Magestad, se la haga conforme á su gran servicio y merescer, y luego, acabado que haya fecho relación á Vuestra Magestad en todo lo subcedido asta hoy de estas partes, le mande y compela buelva á proseguir este negocio que tanto importa al servicio de Dios Nuestro Señor y de Vuestra Magestad, por quanto conviene que para lo de adelante, como persona que tan bien tiene entendido lo que en todas estas partes se ofresce, y para que en ellas haga el fructo deseado por Vuestra Magestad en todo, que con el favor divino y el amparo de Vuestra Magestad nos conceda y socorra con su persona, por ser, como es, muy necesaria, y hará gran fructo, así en lo espiritual, como en lo temporal»....

El mismo día en que se escribió esta carta, tan honrosa para el grande hombre á cuya memoria se dedican estos loores, salió Urdaneta de Cebú para Nueva-España, no sin dejar allí un escogido plantel de misioneros agustinos que prosiguieran su obra evangelizadora, é imprimiesen á la conquista del Archipiélago filipino el carácter profundamente cristiano que desde un principio revistió. Llegó al puerto de la Natividad el 3 de Octubre siguiente, dejando trazada la ruta a que habían de ajustarse los buques en su regreso de las Filipinas á Nueva España, y resolviendo de este modo el problema cuya solución se le encomendó; y después de hacer á la Real Audiencia relación de los sucesos acaecidos durante su expedición, y de describirle cuanto había descubierto y explorado, se embarcó para la Madre Patria, á fin de poner en conocimiento del Rey el resultado de su empresa, y promover la pronta colonización del Archipiélago. Contento con la pobreza que voluntariamente abrazó, y sin más ambición que la nobilísima de conquistar almas para Cristo, y tierras para España, fué imposible obligarle a aceptar premio alguno. Cumplió á maravilla su cometido en la Corte, y obtenidos nuevos despachos del Rey, favorables a la obra civilizadora á que se consagraba, tornó á México, donde falleció en el convento de San Agustín el 3 de Julio de 1568.

Su memoria, gloriosa para cuantos se interesan por los progresos humanos y que vive y resplandece para el tiempo y para la eternidad en la conquista temporal y espiritual de las Islas Filipinas, es especialmente gloriosa para el país bascongado, que le cuenta en el número de sus hijos más ilustres, y que siempre ha procurado enaltecerle,

cumpliendo así un deber de justicia y patriotismo. Pero por motivos diversos, esta generosa labor reparadora, en que cabe no pequeña parte á la iniciativa y al celo del infatigable D. Nicolás de Soraluze, se ha acrecentado en estos últimos tiempos, y ha impulsado á la Diputación de Guipúzcoa á colocar entre los bustos que figuran en el ático de su magnífico Palacio, el de Urdaneta; y al ilustre Ayuntamiento y vecindario de Villafranca á dar con estas cultísimas fiestas gallarda prueba de la manera como saben los pueblos que en algo se estiman honrar á sus héroes. Coronamiento de esta labor reparadora habrá de ser en breve un libro digno del grande hombre á quien se consagra, escrito por la piadosa mano de un docto religioso de la Orden de San Agustín, cuyo recuerdo, está hoy en todos nuestros corazones, por más que no nos honre con su presencia.

Este libro pondrá de relieve las altas virtudes de Urdaneta, y nos hará ver el grande amor que siempre tuvo á su Dios y á su patria. Que esos santos amores sean constemente nuestra norma y guía, y abrasados en el fuego sacro del patriotismo, no nos desaliente la contrariedad, ni la prosperidad nos enerve, ni perdamos nunca la serenidad y firmeza del animo, sin la cual nunca salen henchidas de vida las obras humanas.

HE DICHO.

CARMELO DE ECHEGARAY

